

*Oficios y Homenajes*, por Hugo Montes. Edic. Mar del Sur, Santiago, 1976.

Es mucho más fácil reseñar un libro científico que un libro de poemas. Este se puede leer, estudiar acuciosamente, pero compendiar y decir de qué

se trata es casi imposible. Podemos decir, primero, que es un hermoso libro. Y no todo se debe a la maestría poética de Hugo Montes. Es un libro no habitual, un objeto atrayente. Nos explicamos. Las ilustraciones son de Vergara Grez y Rodolfo Opazo, la portada y la diagramación de Claudio Di Giralamo y las fotografías de Bob Borowicz. El total está muy bien, pero solo puedo referirme con alguna propiedad a la poesía de Hugo Montes.

Todos, o casi todos, vinculan a Hugo Montes con sus trabajos de literatura. Es un profesor de reconocido prestigio y los investigadores del área, preferentemente de estilística, conocen sus trabajos. Pone en ellos, un énfasis especial en el encanto de la palabra, antepone el gusto literario a la esquematización. Siguiendo a Dámaso Alonso, sobre el conocimiento literario, afirma: Se trata de una intuición artística y no científica. Se intuye con toda la psique, que en un momento determinado se despoja de sus afanes de conocimiento intelectual y práctico, de la observación organizada y bien conducida. La psique ha de estar libre, como en día domingo, como de juego, juego —claro— que se sabe tal y al que el hombre se entrega plenamente. Esta intuición tiene por fin la delectación estética, el goce simple y profundo de la contemplación en la lectura (*Estudios Estilísticos*, p. 16).

En el pensamiento de Hugo Montes hay un círculo que va de lector a poeta y de poeta a lector. En el caso de su poesía se transforma él en el origen de este circuito de amor intelectual y que propone su mundo despojado de conocimiento, olvidado de su labor magistral, del nexo discursivo de su quehacer académico. El círculo no sólo pretende amarrar al lector. Es decir, sí lo quiere, pero de un modo intermedio, hablando de las cosas y de los hombres, de los quehaceres sencillos, humildes, de los brotares ingenuos y de la gente que admira, respeta y ama. Entonces, se olvida de su oficio de profesor y de su personalidad intelectual para hablar de otros oficios y de otra gente.

Y lo hace con una generosidad que no merece reparo, que no despierta duda. Lo hace de un modo poéticamente libre. Esta franqueza redime y hace puro (no espúreo) al libro. Está descamado, desnudo de angustias y de tristezas. Una alegría general por la existencia recorre cada palabra y cada verso. Una confianza tremenda, un énfasis en la hermosura de lo real, una alegría de lo menor devela un transfondo místico, una conducta abierta y sin afanes inquietantes. Hay un aura de realidad, unas ganas de ver lo positivo que termina por imponerse, por hacer tropezar al escéptico y al solitario. El misterio de la vida está en la existencia de lo sencillo. Y aunque no se exprese, en el fondo de lo sencillo está Dios. La poesía de Hugo Montes carece de sensualidad.

Queremos explicarnos un poco. Los poemas de *Oficios y Homenajes* acusan dos leves vetas, dos sutiles venillas. Neruda, por algunos motivos, y los clásicos españoles, Fray Luis, a ratos, muy claramente, por la contaminación lingüística y la disposición formal. Además, del soneto, liviano y bien formado. En la vinculación con Neruda, de amor a las cosas, a los portones, a los carpinteros, al almacén, a las manzanas, lo separa esa línea de contemplar sin tocar, de mirar sin apetecer, de existir sin la actualidad y la fuerza de la historia y el trabajo agobiante, o de la forma coruscante, vista en el objeto del acceso a la materia, capa por capa, poro por poro, de olor en olor.

El mundo de lo ingenuo en *Oficios y Homenajes* está puesto en otra esfera. En el de los impactos sin desarrollo, en la fijación de experiencias infantiles: "Más acá de zaguán, ya jardín en vereda,/ como asomo de bosque/ el portón de la infancia",/ (Portón). "La vida misma que, en suspenso,/ se me adentra y me confunde/ en niño de mandado y en abuelo"./ (Almacén). La palabra infancia es el mero indicativo de un mundo poético que está

sujeto y glorifica gozoso esa involución, esa felicidad de lo incontenido, ese rechazo a la hostilidad, a la aspereza. Símbolos como la casa, el país, el reposo silencioso de la amada, el contacto, la tarde, son las ondas de un mismo eco: "La casa no me espera, está conmigo;/ yo la llevo si voy y si me quedo,/ en el alba delgada y en el quedo/ silencio de mi novia o de mi amigo" (Casa). "Y cuando por la tarde, reclamada/ del sol vas declinando, paso a paso/ a la quietud te tornas silenciosa,/ recoges cuanto existe en tu regazo/ y todo en tu silencio se reposa./ Así será el amor, si tú mi amada"/ (Amor).

Creemos que esta insistencia, este retorno en diferentes pautas, es muy propio del fenómeno lírico y que indica la dirección hacia una poesía superior.

Más allá de ello, sin embargo, se transforma en presencia específica, en intuición profundamente vivida, en constitución de un sesgo del ver y del saber poético. En ese camino está *Oficios y Homenajes*.

ELADIO GARCÍA C.